

## SÓFOCLES

### ÁYAX

#### **Personajes:**

Minerva

Ulises

Áyax

Tecmesa

Un Mensajero

Teucro

Menelao

Agamemnon

Coro de Marineros de Salamina

#### **Personajes Mudos:**

Un Pedagogo (o engargado de acompañar aun niño pequeño)

Eurisaces

Un heraldo del ejército.

**Minerva.-** ¡ Oh hijo de Laertes!, siempre te veo movido por el deseo de hacer algo en contra de tus enemigos; y ahora mismo te estoy viendo cerca de las tiendas de Áyax, al extremo de la fila de las naves aqueas, buscando y examinando las pisadas recientes de aquel. Bien te guían, como si fueran de una perra lacedemonia, los

vestigios de sus huellas. Allí dentro está el hombre; bañada la cabeza en sudor y las manos ensangrentadas. no tienes ya necesidad de ver nada dentro de esa tienda.

Explícame la causa que te trae tan afanoso, para que te diga lo que sé acerca de esto.

**Ulises.-** ¡ Oh Minerva, la que más quiero de todas las diosas! ¡Cuán fácil me es conocer tu voz, aunque tu seas invisible, y como la oigo resonar en mi espíritu, cual el eco estrepitoso de la corneta tirrenia! Bien has comprendido ahora que rondaba en torno a ese enemigo, Áyax, el del escudo. Es a él, pues, y no a otro a quien busco desde hace ya rato. Si bien no estamos del todo seguros, pues no lo hemos visto, esta noche parece que ha cometido contra nosotros una acción inconcebible. Para averiguar la verdad, me he impuesto yo voluntariamente este trabajo. Hemos encontrado despedazadas y degolladas por alguien todas las bestias, y a los mismos pastores. Todos acusan a Áyax de ese hecho; y uno de los guardas me dijo que le vio caminando solo por el campamento con la espada recién teñida en sangre. Yo sin perder tiempo, vengo siguiendo sus huellas: distingo bien unas, pero hallo otras dudosas y no sé cómo averiguar la verdad. Así es que vienes a tiempo, porque yo en todas las cosas, antes y ahora, me he dejado conducir por ti.

**Minerva.-** No lo ignoro, Ulises, y como fiel guardián me puse en camino para ayudarte en tu empresa.

**Ulises.-** Querida reina, ¿será útil el trabajo que me he tomado?

**Minerva.-** ¡ciertamente! porque ese hombre es quien ha hecho eso.

**Ulises.-** ¿Y qué locura le impulsó a obrar así?

**Minerva.-** La furia que le cegó por la adjudicación de las armas de Aquiles.

**Ulises.-** ¿Y por qué se lanzó sobre los rebaños?

**Minerva.-** Porque creía que mojaba su mano en vuestra sangre.

**Ulises.-** ¿De modo que su propósito era matar a los argivos?

**Minerva.-** Y lo habría hecho, si yo me hubiera descuidado.

**Ulises.-** ¿Y con qué audacia y osadía se determinó?

**Minerva.-** Furtivamente se lanzó de noche contra vosotros.

**Ulises.-** ¿Y consiguió acercarse y ponerse a punto de realizar su propósito?

**Minerva.-** Ya estaba casi a las puertas del campamento.

**Ulises.-** ¿Y cómo detuvo su mano ávida de matanza?

**Minerva.-** Yo le alejé de allí con imágenes artificiosas que eché a los ojos, y lo lancé sobre el ganado que, mezclado y no repartido todavía, estaba al cuidado de los pastores. Se precipitó sobre las bestias, matando despiadadamente a los corníferos carneros, hiriendo aquí y allá, creyendo que degollaba con su propia

mano a los dos átridas, y a otros jefes del ejército. Y al hombre, que se revolvía en su furiosa demencia, le incitaba yo, y lo lancé en las redes de la desgracia. Luego, cuando cesó de matar, ató con cuerda a los bueyes y demás bestias que quedaron vivas, y se los llevó a su tienda, creyendo que conducía hombres no bestias; y ahora los atormenta, atados en su tienda. Voy a mostrarte esta locura, para que, después de verla, la refieras a todos los argivos. Quédate aquí con confianza y no temas nada de ese hombre, que yo, desviando de sus ojos los rayos de luz, le impido que vea tu cara.- ¡Hola! ¡Tú que oprimes con ligaduras manos cautivas! te llamo para que salgas. A Áyax digo, ven aquí fuera.

**Ulises.-** ¿Qué haces, Minerva? No le llames afuera.

**Minerva.-** Cállate y no temas nada.

**Ulises.-** ¡Por los dioses! ¡No dejes que salga!

**Minerva.-** ¿Por qué? ¿Acaso no era ese hombre ...?

**Ulises.-** Mi enemigo, y ahora más todavía.

**Minerva.-** ¿Y no es agradable el reírse de los enemigos?

**Ulises.-** Me basta con que esté dentro de la tienda.

**Minerva.-** ¿Es que temes ver a un hombre loco?

**Ulises.-** Si estuviera cuerdo, ningún temor le tendría.

**Minerva.-** Pero si no te ha de ver, aunque estés delante de él.

**Ulises.-** ¿Cómo no, si mira con los ojos?

**Minerva.-** Yo se los cegaré para que no te vea.

**Ulises.-** Todo puede ser si lo hace un dios.

**Minerva.-** Guarda silencio y quédate donde estás ahora.

**Ulises.-** Me quedaré; pero quisiera estar lejos de aquí.

**Minerva.-** ¡Oh tu, Áyax! te llamo por segunda vez. ¿Por qué haces tan poco caso de tu protectora?

**Áyax.-** ¡Salve, oh Minerva; salve, hija de Júpiter! ¡Cuán a tiempo llegas! Con estos despojos, que convertiré en oro, te ofrendaré una corona en agradecimiento por este botín.

**Minerva.-** Bien has dicho. Pero dime, ¿has empapado bien tu espada en la sangre de los argivos?

**Áyax.-** He aquí la prueba de ello; no niego el haberlo hecho.

**Minerva.-** ¿Has puesto tu mano armada sobre los átridas?

**Áyax.-** De tal modo que ya no han de injuriar más a Áyax.

**Minerva.-** ¿Han perecido los caudillos, según entiendo de tus palabras?

**Áyax.-** Muertos son. ¡Qué me arrebaten ahora las armas!

**Minerva.-** Está bien. Pero ¿qué ha sido del hijo de Laertes? ¿Cuál fue su suerte? ¿Se te ha escapado?

**Áyax.-** ¿Preguntas por la suerte de este zorro astuto?

**Minerva.-** Sí te pregunta por Ulises, tu adversario.

**Áyax.-** Es el cautivo que con más gusto tengo atado en la tienda, ¡oh reina!, pues no quiero que muera todavía.

**Minerva.-** ¿Qué esperas hacer de él, o qué más deseas lograr?

**Áyax.-** Atado a la columna de la tienda...

**Minerva.-** ¿Qué mal vas a hacer al desgraciado?

**Áyax.-** Que muestre sus espaldas tintas en sangre por el látigo.

**Minerva.-** No maltrates así al desdichado.

**Áyax.-** Permíteme hacerlo, Minerva; que yo en todo lo demás te obedezco. Quiero que sufra ese castigo, no otro.

**Minerva.-** Ya que te place obrar así, hazlo; y no olvides nada de lo que deseas hacer.

**Áyax.-** Voy, pues, a obrar; te obedezco para que vengas siempre en mi ayuda.

**Minerva.-** Mira, Ulises, cuán grande es el poder de los dioses. ¿Viste jamás hombre más sensato que éste, o mejor dispuesto a obrar de acuerdo a las circunstancias?

**Ulises.-** En verdad, no he conocido a ninguno. Sin embargo, siento pena por su desgracia, aunque sea mi enemigo, al verlo en tan triste situación, porque pienso en mi suerte tanto como en la suya y veo que no somos nada más que imágenes y sombras vanas.

**Minerva.-** Puesto que así consideras todo esto, no profieras nunca palabra inconveniente contra los dioses, ni dejes que te domine la soberbia, aún cuando aventajes a los demás en fuerza y en riqueza. Como nace el día y desaparece, así todo lo humano. Los dioses aman a los modestos y aborrecen a los soberbios.

**Coro.-** ¡ Hijo de Telemón, señor de la isla de Salamina, bañada por las olas!, si tu eres dichoso, yo me regocijo; pero si el rayo de Júpiter o el rumor vehemente y funesto de los dánaos cae sobre ti, me estremezco como alígera paloma. Así, durante la noche pasada, han llegado a mis oídos siniestros rumores que me han hecho saber que tú, movido por insano impulso invadiste la pradera donde brincan los caballos y degollaste los rebaños dánaos, dando muerte, asimismo, a todo lo demás que quedaba del botín, con tu reluciente espada. Tales rumores se susurran, inventados por Ulises, que los murmura de oído en oído, y a todo el mundo

persuade. las cosas que dice de ti son fácilmente creídas; y todo el que se las oye se regocija más al oírlas, insultándote en tu dolor; pues las injurias que se lanzan a los grandes hombres no se desvían fácilmente. Pero el que dijera de mí no convencería, porque la envidia ataca al poderoso. Y, sin embargo, los humildes sin los grandes son débil defensa de una fortaleza; sólo con los grandes el pequeño podrá elevarse muy alto, aunque le ayuden otros más pequeños; pero no se puede enseñar estas cosas verdaderas a necios. Esos son los hombres que murmuran de ti, y nosotros no les podemos contradecir, estando tu ausente, ¡oh rey! Pero cuando huyan cobardemente de tu presencia, chillarán como bandadas de pájaros; y como te temen, como a gran buitre, al punto que parezcas, silencioso enmudecerán de terror. ¿Acaso Diana, hija de Júpiter, en honor de la cual se sacrifican toros - ¡oh rumor horrible, padre de mi infamia!-, te echó sobre los rebaños de bueyes, aún no repartidos, ya por no haberle ofrecido los honores de alguna victoria, o por no haberle cumplido la promesa de ilustres despojos? ¿Ocurrirá que Marte, de férrea armadura, teniendo algún agravio contra tu justa lanza, cobró su ultraje con emboscadas nocturnas? Pues, de otro modo jamás en tu sano juicio ¡oh hijo de Telamón! hubieras caído tan siniestramente sobre los rebaños. ¿Te atacará por ventura algún mal divino? ¡Líbrete de ello Júpiter omnipotente y ampárate Febo de la ignominia de los argivos! Mas, si los poderosos reyes de Sísifo o alguno de los de tan detestable descendencia tejieran y esparcieran tu calumnia, conjúrote ¡oh Rey! a no permanecer inactivo por más tiempo en tus tiendas marinas aceptando tan infames rumores; sino que salgas de tu morada para no confirmar esa maldición de los cielos, pues se mofan de ti tus enemigos sin que nada refrene su insolencia, que se aviva y avanza tal como el incendio en los bosques cuando lo alienta el viento.

**Tecmesa.-** ¡Compañeros de la nave de Áyax, descendientes de los indígenas erectidas! ¡Harto motivo tenemos para llorar quienes cuidamos de la casa del ausente Telamón; porque ahora mismo Áyax, su esforzado, valiente y terrible hijo se agosta víctima de un desesperado trance!

**Coro.-** Di, hija del frigio Teleutante, ¿en qué calamidad ha cambiado la noche nuestra ventura del día? Habla, tú a quien ama el Áyax, cuyo lecho entibias desde que eres su cautiva. Dinos la verdad, tu que conoces cuánto está ocurriendo.

**Tecmesa.-** ¿Cómo podría decirle algo indecible? Pero vas a conocer algo que no es menos terrible que su muerte misma: Áyax se ha cubierto de oprobio y vergüenza, pues esta noche, atacado de furiosa locura, ha hecho víctima de sus impulsos a las bestias de los rebaños, degollándolos y destrozándolos. Mirad, si no, dentro de su

tienda y allí veréis cómo cubren el suelo los cuerpos ensangrentados que su espada mutiló.

**Coro.-** ¡Ay de mí! ¡cuán claramente me das la abrumadora noticia que de nuestro valeroso jefe propagan los caudillos dánaos y aumenta la pública infamia! Temo el mal que ya veo cernirse, porque tendrá que morir ¡ay! el ínclito Áyax después de haber destrozado con su espada ganados y pastores .

**Tecmesa.-** Es pues de allí de donde regresó trayendo atadas a las bestias que en su tienda están. ¡Ay de mí! Y ha degollado a una y despedazado a otras. Y apartó a dos carneros blancos; y después le cortó a uno la cabeza y la lengua, que arrojó lejos de sí; y castigó furiosamente al otro , que ató firme a una columna, profiriendo palabras tan soeces que parecía más de un demonio que de un hombre.

**Coro.-** He aquí llegado el momento en que cada uno, oculta la cabeza con un velo, emprenda secretamente la huida, o coja los remos de la nave y se aleje por el mar, porque ya los átridas nos amenazan y temo que me alcancen los golpes que el destino descarga sobre este desdichado, sufriendo una muerte miserable.

**Tecmesa.-** Ahora no; pues tal como se calma el violento notó, cuando los relámpagos cesan de brillar, así ha vuelto él en sí; mas, habiendo recobrado la cordura, una nueva pena quema su espíritu; porque es cierto que se sufre contemplando los males que se causaron con las propias manos.

**Coro.-** Si se ha apaciguado , creo que gozará de beneficio, pues pasado un mal, la inquietud por el provocada disminuye.

**Tecmesa.-** Mas ¿qué escogerías si te fuese dado: o gozar, mientras sufren por ti los amigos, o condolerte sufriendo con ellos en la desgracia común?

**Coro.-** Tristes son ¡oh mujer! las dos cosas.

**Tecmesa.-** Pues yo, sin sufrir tales desgracias, estoy sumida en la aflicción.

**Coro.-** Tu palabra es oscura. ¿Qué quieres decir?

**Tecmesa.-** Digo que en tanto Áyax era presa de la locura, sentía regocijo por el mal que le poseía, llenado de aflicción a los que no teníamos turbado el espíritu. Mas ahora que él ha recobrado su sano juicio, es víctima de una pena amarga, al paso que nosotros no lo estamos menos. ¿No es esto una desgracia doble?

**Coro.-** Dices verdad, y esto me hace pensar que, tal castigo viene de la mano de un Dios. ¡ Cómo, si no, libre ya del mal que le aquejó, no siente más gozo que entonces?

**Tecmesa.-** Tales son las cosas. Y conviene que los sepas.

**Coro.-** Mas, ¿cómo empezó tal desgracia? dínoslo a nosotros, que nos condolemos

de tu suerte.

**Tecmesa.-** Puesto que lo deseas y comprendes mi desgracia, te diré todo cuanto sé. Cuando la noche se acercaba ya a su fin y los astros vespertinos empalidecía, Áyax se sintió súbitamente acogido por una ira rayana en la demencia, y empuñando una espada de dos filos quiso echarse a las calles solitarias. Yo me asusté y le dije: ¿Qué haces Áyax? ¿A dónde vas sin que mensajero alguno haya venido a buscarte ni se escuche sonido de ninguna trompeta? El ejército reposa a esta hora! ... Pocas palabras me respondió; pero las repetiré porque son dignas de ser conocidas: “Mujer, el silencio es la virtud de las mujeres” Yo callé entonces, y él lanzóse a la calle. No puedo decir lo que ocurrió afuera, sino que al regresa traía cogidos con ataduras toros, perros pastores y carneros: todo un botín de velludas bestias. Y cuando hubo llegado lanzóse sobre ellas cortándole el cuello a unas y abriendo en canal a otras; otras aún fueron atadas. e insultábalas cuales a seres humanos . finalmente echóse de nuevo fuera y encaróse con un espectro; vomitando insultos contra los Átridas y contra Ulises; y regocijábbase más cuanto más soeces eran sus palabras, celebrándolo con fuertes carcajadas, Después regresó a la tienda y lentamente empezó a recobrar el juicio. Pero así que vióse rodeado de bestias mutiladas y observó la tienda ensangrentada, rompió a llorar con amargo llanto, y desesperación subía de tono por momentos. Mesábase los cabellos , y por fin cayó entre las bestias destrozadas, donde permaneció largo rato silencioso. Luego empezó a proferir contra mí amenazas terribles, prometiéndome un duro castigo si no le contaba lo ocurrido, y me preguntó cual era su desgracia . Y yo amigos, llena de temor, le narré cuanto os acabo de contar; y el prorrumpió en tristes lamentaciones, cuales nunca le había oído antes, pues el mismo solía decir que tales actitudes eran propias de gente cobarde y de alma mezquina.

Por eso cuando el dolor le acometía gemía sordamente, sin gritos ni lamentos, como un toro que muge. Y he aquí que ahora permanece sin comer ni beber, abrumado por su desgracia, sentado inmóvil en medio de los animales que destrozó con su mano; y temo que algo funesto esté urdiendo, a juzgar por lo que sus palabras y gemidos atestiguan ... Pero, amigos, puesto que me llamasteis para que os enterara de esto, entrad y ayudadme si podéis; porque los hombres como éste suelen ser accesibles a las palabras de los amigos.

**Coro.-** Tecmesa, hija de Teleuntante, terrible es que nos digas que este hombre está atacado de locura.

**Áyax.-** Ay de mí ¡ ay de mí!

**Tecmesa.-** Y mucho. ¿o oís acaso de qué modo se lamenta?

**Áyax.-** Ay de mí ¡ ay de mí!

**Coro.-** Efectivamente. O este hombre está loco, o le turba el recuerdo de los males que ha causado.

**Áyax.-** ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

**Tecmesa.-** ¡Desdichada de mí! Eurisaces te llama el padre. ¿Qué querrá? ¿Dónde te hallarás? ¡Pobre de mí!

**Áyax.-** ¡Llamo a Teucro! ¿Dónde está? Seguramente estará por ahí de correrías, mientras el dolor me consume a mí.

**Coro.-** Esas palabras son de mente cuerda. Abre las puertas. Quizá nuestra presencia pueda imponerle alguna calma.

**Tecmesa.-** Pasa ya. Puedes ver lo que ha hecho y como está el mismo.

**Áyax.-** ¡Oh mis queridos compañeros marinos! ¡mis únicos amigos! Sólo vosotros habéis depositado fe en mí: ved como rodean estos ensangrentados despojos.

**Coro.-** ¡Ay de mí! ¡Cuán verdaderas son las cosas que Tecmesa nos ha dicho! ¡y cómo prueban la demencia de este hombre!

**Áyax.-** ¡ Oh hábiles marinos que cruzasteis el mar agitando su piélagos con los remos! ¡Oh amigos míos, los únicos que me asistís en mi infortunio: matadme os lo pido!

**Coro.-** ¡No habléis impíamente! No quieras agregar nuevo mal a los pasados, porque tal remedio aumentaría el sufrimiento de la culpa.

**Áyax.-** ¿Veis a este hombre valiente y aguerrido, al que permanecería sereno frente a las más crueles luchas, veis, digo, lo que ha hecho con mansos animales? ¡Ay de mí! ¡ En qué oprobio estoy sumido!

**Tecmesa.-** Áyax, dueño mío, te suplico que no digas tales cosas.

**Áyax.-** ¿Pero aún estás aquí? ¡Te pido que te retires! ¡Ay! ¡Desgraciado de mí!

**Tecmesa.-** Te lo ruego por los dioses, Aya mío. ¡Serénate y reflexiona!

**Áyax.-** ¡Ay de mí, que he dejado escapar a mis enemigos, echándome tan despiadadamente sobre los rebaños y derramando su sangre!

**Tecmesa.-** ¿ Por qué te atormentas así? Pues el mal causado es imposible remediarlo ya.

**Áyax.-** ¡Ah hijo de Laertes! Instrumente del mal, vagabundo repudiable del ejército. ¡De qué modo te hará reír mi desdicha!

**Coro.-** Todos reímos o lloramos, según lo dispongan los dioses.

**Áyax.-** ¡Ah! ¡Quisiera verle, aunque los males me abruman! ¡Ay de mí!



**Coro.-** ¡Cesa ya de hablar! ¿No ves qué desgracia te encuentras?

**Áyax.-** ¡Oh Júpiter, padre de mis antepasados! ¡i pudiera yo matar a ese inmundo zorro astuto y a los dos reyes átridas, y morir luego! ...

**Tecmesa.-** ¡Si tal es tu deseo, muera yo contigo! ¿Pues qué me importa la vida sin ti?

**Áyax.-** ¡Oh, abismo, luz mía! ¡Oh tinieblas del infierno! ¡Ojalá me contaran ya entre sus habitantes, ojalá! porque no soy digno de ser socorrido ni por los dioses ni por los mortales hombres. La poderosa hija de Júpiter me agravia del modo más ignominioso. ¿Dónde podré refugiarme? ¿Dónde hallaré reposo? Si me falta la consideración de los amigos, todo el ejército lanzándose sobre mí con insultos y con dardos, me matará.

**Tecmesa.-** ¡Ay, desdichada de mí! ¡Qué un hombre tan valiente diga tales cosas, que antes nunca jamás habría tolerado!

**Áyax.-** ¡Oh caminos donde resuenan las olas del mar, cavernas y bosques de estas riberas!, largo tiempo ya, mucho tiempo me habéis retenido alrededor de Troya; pero no veréis más respirando la vida. Esto debe decidir todo el que sea sensato. ¡Oh vecinas ondas del Escamandro, benigna para los aqueos!, no veréis ya más a este hombre, semejante al cual, lo diré con orgullo, no se vio en Troya a ninguno de los venidos de tierra helénica. Y ahora, sin embargo, yace deshonorado en tierra.

**Coro.-** ¡Tanto es el infortunio caído sobre ti que no sé si impedirte o dejarte hablar así!

**Áyax.-** ¡Ay, ay! ¡Quien hubiera pensado que mi nombre significara mi propia desgracia! Ahora, en efecto, ¿por qué no he de gritar dos o tres veces, ¡ay!, ¡ay!, envuelto como estoy en semejante ignominia. Mi padre volvió a su patria de esta misma tierra lleno de gloria y laureles, por las brillantes hazañas realizadas. ¡Y yo, su hijo, venido a esta misma Troya con no menor denuedo y sin haber dejado de realizar hazañas igualmente ponderables, muero tan ignominiosamente deshonorado por los argivos! Y sin embargo, tengo por cierto que si Aquiles vivo hubiera tenido que juzgar él mismo del mérito de cada cual para la adjudicación de sus armas, a nadie las habría dado más que a mí. Pero los átridas, con menosprecio de mis gloriosas acciones, las han entregado a un hombre sin escrúpulos. Y si la visión y falsas imágenes que me alucinaron no les hubieran puesto fuera del alcance de mi propósito, ya nunca jamás habrían tenido que pronunciar un juicio contra nadie. Pero cuando iba yo a descargar mi mano sobre ellos, la hija de Júpiter, diosa indómita y de horrible aspecto, me desvió, infundiéndome rabiosa enfermedad, que

me llevó a manchar mis manos en bestias mansas. Así, pues, ellos ríen ahora, libres ya de mi furor; pero no por mi voluntad, porque si lo quiere un dios, el cobarde escapa del más valiente. ¿Y qué puedo hacer ahora, si me odian los dioses, me aborrece el ejército heleno y abominan de mí estos lugares y Troya entera? ¿Me iré a casa a través del Egeo, dejando este campamento y abandonando a los átridas? ¿Pero con qué cara me presentaré ante mi padre Telamón? ¡Como habrá de mirarme, al verme sin los premios del valor, de los cuáles conquistó él brillante corona de gloria? Esto no es posible. ¿Y si me fuera solo, yo solo, y cayendo sobre los fuertes de Troya, realizara memorable hazaña y muriese después? Pero esto sería cosa que llenaría de gozo a los átridas. No puede ser. Es preciso buscar otro medio con el cual demuestre a mi padre que n tiene en mi un hijo indigno de su corazón. Vergonzoso es que llegue a larga vida el hombre que no se esfuerza en salir de la desgracia. ¿Qué placer puede proporcionar un día que viene tras de otros día sumándosele y agregándosele, que no sea el de morir? En dad estimo al hombre que se alimenta de vanas esperanzas. O vivir con gloria o morir heroicamente, es lo que debe hacer el hombre noble. Ya has oído mi resolución.

**Coro.-** Nadie dirá, Áyax, que has hablado hipócritamente, sino clara y sinceramente. Pero no pienses más en eso; Tranquilízate y déjate llevar de los amigos, que bien te quieren.

**Tecmesa.-** Áyax, dueño mío, no hay mal más terrible para los hombres que la esclavitud. Yo nací de un padre libre y más rico que ningún otro entre los frigios, y ahora soy tu esclava. Así lo quisieron los dioses y sobre todo tu poderoso brazo. Por eso, desde que llegué a compartir tu lecho, te quiero bien; y te suplico por Júpiter que protege el hogar y por el lecho donde te has unido a mí, que no me pongas en trance de sufrí afrentoso ultraje de parte de tus enemigos, dejándome en la servidumbre de alguien. Si mueres y quedo sin tu amparo, piensa que desde ese mismo día, arrebatada violentamente por los argivos, llevaré vida esclava con tu hijo. Y algún nuevo dueño, insultándome me dirá quizá: “ Mirad a la esposa de Áyax, el hombre más valiente del ejército, en qué esclavitud ha caído desde su envidiable posición”. Así me atormentaran; y contra ti y contra tu hijo se lanzarán tan injuriosas palabras. Pero respeta a tu padre, que queda en achacosa vejez; respeta a tu madre cargada de muchos años, que ruega siempre a los dioses que te vuelvan sano a casa. Ten piedad, ¡oh rey! de tu hijo que solo y sin tu amparo, vivirá en su juventud sujeto a tutores sin amor. ¡En qué desgracias nos dejarás, si mueres! Yo a nadie tengo que ampare. Tú arruinaste mi patria con tu lanza, y a mi padre y a

mi madre la Parca, arrebatándoles la vida les obligó a habitar el infierno. ¿Qué patria podrá asilarme, faltando tú? ¿Cuál será mi suerte? En ti está mi salvación. Apiádate, pues de mí. Es justo que el hombre agradezca el buen trata que haya recibido, porque la gratitud engendra siempre gratitud. Quien olvida los favores recibidos no puede ser tenido por un hombre bien nacido.

**Coro.-** Quisiera, Áyax que fueses tocado de piedad como yo, para que aplaudieras lo que ella acaba de decir.

**Áyax.-** Ciertamente que tendrá mi aplauso, si está dispuesta a obedecerme en lo que le he ordenado.

**Tecmesa.-** ¡Oh, querido Áyax, te obedeceré en todo!

**Áyax.-** Tráeme pues a mi hijo para que lo vea.

**Tecmesa.-** Por miedo lo saqué de aquí.

**Áyax.-** ¿Por temor a mis furores o a otra cosa?

**Tecmesa.-** Temía que el desgraciado muriera si tropezaba contigo.

**Áyax.-** Hubiera podido ocurrir, dada mi locura.

**Tecmesa.-** Precisamente para evitarlo fue que lo puse en salvo.

**Áyax.-** Te alabo por ese proceder y por tu previsión.

**Tecmesa.-** ¿En qué puedo servirte ahora?

**Áyax.-** Tráemelo para que le hable y lo vea ante mí.

**Tecmesa.-** Está cerca de aquí, guardado por lo criados.

**Áyax.-** ¿Y por qué tarda en venir?

**Tecmesa.-** ¡Oh hijo! Tu padre te llama. Tráelo aquí, tu siervo, que lo llevas de la mano.

**Áyax.-** ¿Acude ya ese a quien llamas, o no hace caso de tus palabras?

**Tecmesa.-** Ya está aquí el criado que lo trae.

**Áyax.-** Tráele aquí. No se espantará ante esta humeante carnicería, si es digno hijo mío. Es preciso que desde pequeño se haga a las crueles costumbres de su padre y que le iguale en valentía. ¡Oh hijo mío, ojalá seas más feliz que tu padre y semejante a él en lo demás! Así nunca serás cobarde. Eres dichoso porque no te das cuenta de ninguno de estos males; pues la vida más feliz es no saber nada, mientras no llegues a saber lo que es placer y dolor. Pero cuando a esto llegues, preciso es que te presentes ante el enemigo digno del padre que te ha engendrado; y mientras tanto aliméntate de dulces alientos, regocijando tu tierno espíritu, alegría de tu madre. Ninguno de los aqueos, lo se, te insultará con odiosos ultrajes, porque te dejaré un guardián que te criará y educará; Teucro, quien ahora está lejos de aquí,

haciendo botín. Así ¡oh valientes guerreros, gente marinera!, de vosotros espero este favor: anunciad a Teucro mi voluntad, para que llevándose a casa este hijo mío, se lo presente a Telamón y a mi madre Eribea, con el fin de que sea el sostén de su vejez. En cuanto a mis armas, que ningún jurado las ofrezca en certamen a los aqueos, y menos al que ha perdido, sino que tu, hijo Eurisases, adoptando mi mismo sobrenombre, conserva mi impenetrable escudo de siete cueros de buey, cubriéndote con sus bien cosidas telas. Mis otras armas serán sepultadas conmigo. Ahora recoge pronto al niño y cierra la tienda. ¡No llores escandalosamente! ¡Muy amiga eres de llorar, mujer! Cierra pronto. No es de un sabio médico hacer encantamientos para un mal que no pide más que ser cortado.

**Coro.-** Me espanto al oír tu resolución. No me agradan tus rudas palabras.

**Tecmesa.-** ¡Dueño Áyax!, ¿qué piensas hacer?

**Áyax.-** No lo preguntes ni lo investigues. Es bueno ser prudente.

**Tecmesa.-** ¡Ay qué desesperada estoy! Te suplico por tu hijo y por los dioses, que no nos abandones.

**Áyax.-** Me importunas demasiado. ¿No sabes que con los dioses no tengo ya ninguna obligación?

**Tecmesa.-** No digas blasfemias.

**Áyax.-** Habla a quien te oiga.

**Tecmesa.-** No te convencerás, pues.

**Áyax.-** Hablas ya demasiado.

**Tecmesa.-** Estoy asustada, ¡oh rey!

**Áyax.-** ¿No la reprimiréis enseguida?

**Tecmesa.-** ¡Por los dioses, cálmate!

**Áyax.-** Eres insensata si piensas en cambiar ahora mi manera de ser.

**Coro.-** ¡Ilustre Salamina, qué feliz te asientas, bañada por las olas del mar y siempre gloriosa para todos! Y yo desgraciado, espero desde hace tiempo en los infructuosos prados del Ida, durante muchos meses, siempre echado en emboscadas, dejándome consumir por el tiempo, con la amarga esperanza de que el fin que me espera es el odioso y horrendo Plutón. Y aquí yace Áyax conmigo, sin esperanza de curación ¡ay de mí!, acometido de una demencia divina! Áyax, a quien tu enviaste y victorioso salió en los horribles combates, privado ahora de su juicio, causa amarga aflicción a sus amigos. Las anteriores proezas de sus manos, prodigios de su gran valor, cayeron entre los ingratos aqueos. Ciertamente que su anciana madre, invadida de blanca vejez, cuando sepa que ha perdido la razón, no exhalará una

suave queja, ni tampoco delicados trinos como lastimado ruiseñor, sino que lanzará clamores de agudísimo dolor, golpeándose el pecho y arrancándose sus blancos cabellos. Mejor estará en el infierno que aquí atormentado por incurable manía quien, procediendo por la raza paterna de los esforzados aqueos, ha perdido ya sus propios sentimientos y se halla fuera de sí. ¡ Oh, desdichado padre, cuán lamentable calamidad habrás de saber de tu hijo, cual nadie hasta ahora la sufrió de los divinos eácidas, excepto él!

**Áyax.-** El tiempo continuo e inmensurable saca todo lo que existe de la oscuridad, y, una vez aparecido, lo sepulta en las tinieblas. Y no hay que decir esto no ocurrirá, porque marra el más terrible juramento y se ablanda el más duro corazón. Yo, pues, que resistía los trances más terribles, como el acero templado, he suavizado la dureza de mis palabras ante esta mujer. Me apena dejarla desamparada entre mis enemigos, y a mi hijo huérfano. Me voy, pues, a los baños y a las praderas de la orilla para ver si, lavadas mis manchas, puedo escapar a la cólera terrible de la diosa. Y cuando llegue después a sitio que no deje huella ninguna, esconderé esta espada, la más odiosa de mis armas, cavando un hoyo en la tierra, en donde nadie la vea, sino que la noche y el infierno la guarden en sus entrañas. Porque desde que recibí esta espada, como regalo de Héctor, mi más mortal enemigo, no he hecho cosa buena a los argivos. Qué verdadera es esta sentencia que comúnmente se dice: “ Regalo de enemigo, ni es regalo ni cosa que te sirva de provecho”. Por eso, aprendamos para lo sucesivo a ajustarnos a la voluntad de los dioses, y también a respetar a los átridas. Son jefes, y necesario es obedecerlos. ¡...por qué no? Los más terribles y fuertes elementos se sujetan a las leyes de la naturaleza: el invierno, cubierto de nieve, cede su puesto al fructífero verano; desaparece el astro de la noche sombría ante la aurora de blancos corceles que viene derramando luz, y el soplo de suave viento tranquiliza al furioso mar. Hasta el sueño, que domina a todos, suelta a uno después de haberle aprisionado, y no le retiene siempre envuelto en sus lazos. ¿Por qué no he de aprender a ser prudente? La experiencia acaba de enseñarme que el odio que he de tener al enemigo no ha de ser tanto que me impida tenerlo luego por amigo, y que he procurar servir al amigo con la idea de que algún día deje de serlo; porque el puerto de la amistad suele ser infiel a la mayoría de los hombres. Y basta ya de hablar de esto. Tú, mujer, entra y ruega a los dioses para que mi corazón obtenga el cumplimiento de sus deseos. Y vosotros compañeros, tributadme el mismo honor, y decid a Teucro, cuando venga, que se interese por mí y piense también en vosotros. Voy adonde es preciso que vaya.

Vosotros haced lo que os he dicho, y pronto sabréis que salvo está ya este desdichado.

**Coro.-** Estoy estremecido de gozo; doy saltos de alegría. ¡ Oh Pan, oh Pan que corres sobre el mar, desciende desde las rocas nevadas de Cyllene; ven aquí, ¡oh rey!, que conduces los coros de los dioses, para bailar conmigo las danzas misias y cnosias, que tú mismo me enseñaste. Pues ahora mi deseo es bailar; por el piélago Icario, viniendo el rey Apolo, el Delio, que tan familiar me es, que me asista benévolo por siempre jamás. Marte me quitó la venda de tristeza que me cubría los ojos. Ahora de nuevo, ¡oh Júpiter! aparece la blanca luz del día a las veloces naves que atraviesa el mar; porque Áyax, libre de su dolencia, las venerables leyes de los dioses cumplió, respetándolas piadosamente. Todo lo madura el poder del tiempo, y no negaré que todo no pueda ocurrir, puesto Áyax, contra lo que esperaba, se arrepintió de su cólera y atroces insultos contra los átridas.

**Mensajero.-** Queridos amigos, ante todo quiero anunciar que Teucro acaba de llegar de las cumbres de Misia, y al pasar por medio del campamento ha sido insultado por los argivos. En cuanto le hubieron visto de lejos, se reunieron en torno suyo, y entonces le colmaron de maldiciones, llamándole hermano consanguíneo del loco y traidor al ejército, que no pagaría haciéndole morir triturado a pedradas. Y a tal extremo llegó la cosa, que desenvainaron las espadas; y si los hechos no pasaron a más, fue por la intervención y consejos de los venerables ancianos. Pero ¿dónde está Áyax, para que le diga esto? Pues conviene enterar a los señores de todo lo que se dice.

**Coro.-** No está aquí, sino que acaba de salir con nuevas resoluciones, tomadas en virtud de la transformación operada en su carácter.

**Mensajero.-** ¡Ay de mí! El que me ha enviado lo ha hecho con demasiada lentitud, o yo mismo he tardado en venir.

**Coro.-** ¿Y en qué podemos remediar la falta de tu tardanza?

**Mensajero.-** Mandó Teucro que no dejáramos salir al hombre de la tienda hasta que él viniese.

**Coro.-** Se ha marchado, pero con mejores propósitos, pues se ha reconciliado ya con los dioses y está libre de su locura.

**Mensajero.-** Necias palabras son esas, si Calcas ha dado su profecía en todo su cabal juicio.

**Coro.-** ¿Cuál? ¿Qué sabes tú de eso?

**Mensajero.-** Demasiado sé, pues que ocurrió todo en mi presencia. De la reunión

en que estaban constituidos los supremos jefes del ejército, se levantó Calcas sin que lo acompañara ningún atrida y estrechando familiarmente la mano de Teucro, le dijo que retuviese a Áyax dentro de su tienda, si deseaba verle con vida. Pues sólo durante el día de hoy le impulsará la cólera de la diosa Minerva, según el vaticinio que nos ha revelado. Porque los hombres soberbios y orgullosos son dejados de las manos de los dioses en castigo de sus pecados, dijo el adivino, y agregó que eso ocurre a todo aquel que teniendo naturaleza humana no piensa como conviene que piense el hombre. Desde que Áyax abandonó su patria, perdió el buen sentido a pesar de los sanos consejos de su padre, quien le amonestó diciendo: “Hijo mío, tratarás de vencer con tu lanza; pero siempre con la ayuda de los dioses”. Y él respondió arrogante y neciamente: “Padre, con el favor de los dioses, hasta el más inútil puede lograr el triunfo; pero yo, aún sin ellos, creo que alcanzaré esa gloria”. Ahí fue la primera contestación de su orgullo. La segunda la dio a la diosa Minerva, a quien, en ocasión en que le estimulaba a descargar terrible mano sobre los enemigos, respondió estas palabras soberbias e impías: “Reina, vete a exhortar a los demás argivos, que por mi parte jamás declinaré la lucha”. Con tales palabras excitó la cólera implacable de la diosa, por no pensar como conviene al hombre. Sin embargo, si pasa el día de hoy, lograremos salvarle con la ayuda de la diosa. Tal ha sido la profecía del adivino, y Teucro me ha enviado al punto con ese mandato para que detengamos al hombre; pues si le abandonamos, se quita la vida, si Calcas acierta en su vaticinio.

**Coro.-** ¡Desgraciada Tecmesa! ¡Infeliz mujer! Escucha lo que dice este hombre. El caso es tan serio que a nadie debe alegrar.

**Tecmesa.-** ¿Para qué llamáis nuevamente a esta desdichada, que todavía no se ha repuesto del dolor que sin cesar la agobia?

**Coro.-** Escucha a este hombre, que trae un mensaje acerca de Áyax, que nos ha llenado de tristeza.

**Tecmesa.-** ¡Ay de mí! ¿Qué anuncias, hombre? ¿Estamos perdidos?

**Mensajero.-** No sé qué será de ti, pero si Áyax ha salido no me alegro por ello.

**Tecmesa.-** Sí ha salido; de manera que, para angustiarme, ¿qué me vienes a decir?

**Mensajero.-** Teucro ha ordenado que lo retengamos en la tienda y no lo dejemos salir solo.

**Tecmesa.-** ¿Dónde está Teucro y por qué ha dicho eso?

**Mensajero.-** Ha poco ha llegado y teme que esta salida de Áyax le sea fatal.

**Tecmesa.-** ¡Infeliz de mí! ¿Y de quien lo ha sabido?

**Mensajero.-** Del adivino hijo de Testor que dijo que el día de hoy es la vida o muerte para Áyax.

**Tecmesa.-** ¡Ay amigos!, protegedme contra los rigores de la fortuna; id unos en busca de Teucro; corred otros hacia los valles del Occidente y los demás hacia los del Oriente, y buscad sin descanso a Áyax. Ahora veo que me ha engañado, y que he perdido el atractivo que antes le infundía. ¡Ay de mí! ¿Qué haré, hijo mío? Este no es el momento de quedarse esperando. Voy también yo allá, mientras me ayuden las fuerzas. ¡Vayamos, apresurémonos! No debe quedarse sentado quien quiera salvar la vida de un hombre que se da prisa en matarse.

**Coro.-** Pronto estoy a marchar, y lo verás por mis actos. La urgencia del asunto y mis pies van a la par.

**Áyax.-** La espada homicida está muy bien para cortar, y no podría estarlo mejor, aunque un tuviera tiempo para pensar en ello. Regalo es de Héctor, el hombre más odiado por mí de todos los enemigos. Clavada está en la enemiga tierra de Troya, recién afilada con la piedra que aguza el hierro. Y yo lo he hincado bien disponiéndolo del modo que más me conviene para morir pronto. Así, todo está preparado. No falta sino que tú ¡oh Júpiter! me asistas el primero, como es natural. Te pido no alcanzar la vejez. Envíame un mensajero para que, al caer yo atravesado por la espada, lleve a Teucro la mala nueva, para que sea él el primero que me levante, pues no quisiera que mis enemigos me encontraran antes y arrojaran mi cadáver a los perros y a las aves carnívoras. Esto es ¡oh Júpiter! lo que te suplico. Invoca también a Hermes, que será mi guía por los caminos subterráneos para que me conduzcas bien, después que esta espada traspase mi pecho con rápido golpe. Llamo también en mi ayuda a las vírgenes eternas, las veneradas Erinas de pies veloces, las que ven todos los sufrimientos de los mortales, para que vean cuán tristemente muero por culpa de los átridas, y para que a esos facinerosos y cobardes se los lleven del modo más ignominioso, a fin de que, tal caiga yo suicidado, sean asesinados ellos por manos de sus parientes más queridos. ¡Venid, oh prontas y vengadoras Erinas! Apresuraos y no perdonéis a nadie en todo el campamento. Y tú ¡oh Sol!, que con tu carro atraviesas el excelso firmamento, cuando a mi patria llegues, detiene las áureas riendas y anuncia mis desgracias y mi muerte a mi anciano padre y a mi desdichada madre. Ciertamente que la infeliz, cuando tal noticia escuche, romperá en amargo llanto por toda la ciudad. Pero ¿a qué estas vanas lamentaciones, si son inútiles?; hay que empezar prontamente la obra. ¡oh muerte, muerte! es hora de que vengas a visitarme, aunque contigo conversaré allí



cuando estemos juntos. Pero a ti ¡oh resplandeciente luz de este espléndido día!, y al sol conducir del carro, dirijo mi palabra por última vez, pues ya nunca podré hacerlo en adelante. ¡Oh Luz, oh sagrada suelo de Salamina, mi tierra natal!; ¡oh sede paterna de mi hogar, ilustre Atenasy parientes que conmigo os habéis criado!; ¡oh fuentes y ríos y campos troyanos! a vosotros también os hablo; salud, ¡oh sustentos míos! Esta es la última palabra que Áyax pronuncia. En adelante sólo hablará con los habitantes del infierno.

**Semicoro 1º.-** La fatiga aumente el dolor de mi sufrimiento. ¿Qué paraje, que senda o camino no he recorrido ya? Ningún lugar me da señales con que pueda reconocerlo; pero, ¡mira! cierto ruido escucho nuevamente.

**Semicoro 2º.-** Es de nosotros, compañeros vuestros de la misma nave.

**Semicoro 1º.-** ¿Y qué hay?

**Semicoro 2º.-** He recorrido toda la parte occidental del campamento.

**Semicoro 1º.-** ¿... y qué...?

**Semicoro 2º.-** Mucho cansancio, sin haber encontrado nada ...

**Semicoro 1º.-** Ni yo, que he recorrido todo el lado oriental del camino, sin haber visto nada.

**Coro.-** ¿ Quien a mí, ya sea uno de los infatigables pescadores que haya pasado toda la noche en su tarea, ya alguna de las diosas del Olimpo o de los ríos que corren el Bósforo, podrá decirme si ha visto vagar por estos lugares al hombre de duro corazón? Pues es poca suerte que yo, después de tanto sufrir vagando por todas partes, no haya tropezado con él en mi camino.

**Tecmesa.-** ¡ Ay infeliz de mí!

**Coro.-** ¿Quién llora cerca de la selva costera?

**Tecmesa.-** ¡ Ay desdichada!

**Coro.-** Veo a la esclava y desventurada compañera de Áyax; sí es Tecmesa quien llora desesperadamente.

**Tecmesa.-** ¡Desfallezco, muero! Perdida estoy amigos míos.

**Coro.-**¿ Qué ocurre?

**Tecmesa.-** Áyax: ¡miradle! ¡Acaba de herirse con una espada y yace allí con el pecho atravesado!

**Coro.-** ¡Ay de mi regreso! ¡Ay! has matado, ¡oh rey!, a este compañero de viaje. ¡Oh infeliz, oh desdichada mujer!

**Tecmesa.-** Tan cierto es lo que dices, que no nos queda más que llorar.

**Coro.-** ¿De manos de quien se sirvió el desgraciado para tal obra?

**Tecmesa.-** De las tuyas propias, la cosa es clara: La espada clavada en el suelo y hundida en el cuerpo así lo demuestra.

**Coro.-** ¡Ay de mi desgracia! ¿Cómo te has herido solo sin que nada pudieran hacer tus amigos para impedírtelo. Y yo me descuidé en todo, estúpido y necio. ¿ Dónde yace el que nunca volvía la espada, el infausto Áyax?

**Tecmesa.-** No está para ser visto, lo cubrí enteramente con este manto porque que nadie que sea su amigo tendrá el ánimo para verle manando sangre por la nariz y la herida abierta en el pecho. ¡Ay! ¿Qué haré? ¿ Quién de tus amigos te asistirá? ¿Dónde está Teucro? ¿Cuán a punto, si viniese, llegaría para sepultar a su hermano muerto! ¡Ay infeliz Áyax! Tan valiente como has sido, y yaces tan desdichado, digno de inspirar lástima a los que fueron tus propios enemigos.

**Coro.-** Te disponías, infortunado con tiempo y ánimo firme a llevar a su cumplimiento el fatal destino de innumerables desdichas. Y tales quejas exhalabas durante noche y día de tu duro corazón, hostil a los átridas, en tu dolencia fatal. ¡A cuántas innumerables desgracias dio lugar aquel día en que se anunció el certamen para premiar el valor con las armas de Aquiles!

**Tecmesa.-** ¡Ay de mí!

**Coro.-** Te llega al corazón, lo sé, la terrible desgracia.

**Tecmesa.-** ¡Ay infeliz de mí!

**Coro.-** No dudo cuanto debes lamentar, ¡oh mujer ¡ la pérdida de tal amigo.

**Tecmesa.-** Puedes estar seguro de ello, pues mi dolor es indecible.

**Coro.-** Lo mismo digo.

**Tecmesa.-** ¡Ay hijo! ¡ Y cuán duro y penoso es el yugo de la esclavitud que nos espera, y los amos que nos van a dominar!

**Coro.-** ¡Ay! Has dicho de los crueles átridas cosas que yo no me atrevía para, no aumentar tu dolor. Pero ojalá un dios evite mayores desgracias.

**Tecmesa.-** Sin embargo estas cosas no habrían ocurrido de no intervenir los dioses.

**Coro.-** Muy grande es el dolor que ellos te ha causado.

**Tecmesa.-** La causante de todas estas desgracias es la terrible diosa Minerva, hija de Júpiter, por complacer a Ulises.

**Coro.-** Es verdad que en el fondo de su negro corazón nos insulta ése que todo lo tolera, y se ríe a carcajadas de los dolores que la locura nos causó, ¡ay! ¡ay! lo mismo que se reirán los dos átridas al saberlo.

**Tecmesa.-** Que se ríen y se alegren de la desgracia de éste. Pues si cuando vivo no lo estimaron, es posible que ahora lo lloren al carecer de su ayuda; porque el bien

no es apreciado por los necios hasta que lo pierden. Mayor es la amargura que me deja a mí al morir, que la alegría que ellos sentirán y el gusto que se dio a sí mismo porque logró para sí todo lo que anhelaba: la muerte. ¿Qué tiene que reírse de esto? Los dioses le han matado, no ellos, por cierto. Y siendo así es vana la risa de Ulises. Áyax ya no existe para ellos; y ha muerto para mí, dejándome dolor y llanto.

**Teucro.-** ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

**Coro.-** Calla, me parece oír la voz de Teucro, y sus lamentos revelan que tiene noticias de la desgracia.

**Teucro.-** ¡Oh queridísimo Áyax! Oh hermano de mi sangre: ¿Has muerto como la voz pública refiere?

**Coro.-** ¡Ha muerto el hombre, Teucro, según has de saberlo!

**Teucro.-** ¡Ay que negra suerte la mía!

**Coro.-** Y siendo así ...

**Teucro.-** ¡Ay infeliz de mí, infeliz !

**Coro.-** Comprendo que llores ...

**Teucro.-** ¡ Oh dolor, cómo desgarras mi ser!

**Coro.-** Demasiado, Teucro.

**Teucro.-** ¡Ay desdichado! ¿Y qué es de su hijo? ¿Dónde se halla?

**Coro.-** Está en la tienda solo.

**Teucro.-** Tráemelo aquí enseguida, porque temo que, como a cachorro de viuda leona, me lo arrebate algún enemigo. Marcha apresúrate, corre, que del enemigo muerto todo el mundo gusta reírse.

**Coro.-** Y en verdad, Teucro, que antes de morir, Áyax encargó que cuidaras de su hijo, tal cual ya lo estás haciendo.

**Teucro.-** ¡ Oh espectáculo!, el más doloroso de cuanto han visto mis ojos, y camino que has atribulado mi corazón más que ningún otro camino, el que ahora he recorrido. ¡Oh mi querido Áyax! ¡Cómo me llegó la noticia de tu muerte cuando corroía detrás de tus huellas! Pues la noticia, cual si la propalara un dios, llegó de inmediato a oídos de los aqueos. ¡Y cómo me llenó ella de dolor! Y ahora, al verte, muero de pena. ¡Ay de mí! Ven descúbrela, para que le vea como está. ¡Oh espectáculo horrendo y propio de la más siniestra resolución! ¡Cuánta aflicción has sembrado en mi alma, Áyax, con tu muerte! ¿Adónde podré ir? ¿Quiénes podrán acogerme, no habiéndote prestado a ti ningún auxilio en tu desgracia? ¿Cómo podría recibirme Telamón, nuestro padre, con ánimo propicio, al no regresar contigo? ¿Cómo no, si aunque se le presentare uno triunfante, nunca reía? ¿Qué

denuesto callará? Cómo no dirá, maldiciendo del espúrio hijo de esclava, que por cobardía y miedo te abandonó! ¡Oh, carísimo Áyax! ¿o bien que te traicionó engañándote para procurarse tu poder y los bienes que te pertenecían? De tal manera me reprochará irritado el padre que en su achacosa vejez necesita poco para encenderse en cólera. Y finalmente, rechazado por él, seré expulsado de la patria, y en las conversaciones de todos apareceré como esclavo, siendo libre. Esto ocurrirá en casa. Y aquí en Troya encontraré muchos enemigos y ningún provecho. Y todo esto por haber muerto tú. ¡Ay! ¿Qué haré? ¡Cómo te arranco esa cruel y ensangrentada espada, ¡oh desdichado! que te hizo exhalar el último hálito de vida? Debías haber pensado que con el tiempo, desaparecido Héctor, te debía matar. Considerad por los dioses, la suerte de estos dos hombres, Héctor, con el cinturón que de éste recibió como regalo, fue atado al carro de Aquiles y destrozado poco a poco hasta que pereció; y éste, con la espada que a cambio recibió de aquel se suicidó. ¿No será, pues la Furia la que fabricó esa espada, y el cruel infierno quien hizo aquel cinturón? Yo por mi parte sólo sé decir que esto y todo cuanto ocurre a los mortales es obra de los dioses. Si alguien no es de la misma opinión, que se conforme con la suya, que yo me quedo con ésta.

**Coro.-** No te extiendas demasiado; piensa, antes bien, cómo has de sepultar a este cadáver, y lo que pronto has de responder, pues veo venir a un enemigo y es posible que, siendo un malvado, tenga el propósito de reírse de nuestra desgracia.

**Teucro.-** ¿Quién de los del ejército es ese hombre que ves?

**Coro.-** Menelao, por quien vinimos a esta expedición.

**Teucro.-** Es cierto. Ya está cerca y no es difícil reconocerlo.

**Menelao.-** ¡Hola tú! No lloves a sepultar ese cadáver. Déjalo tal cual está.

**Teucro.-** ¿En virtud de qué dices tales palabras?

**Menelao.-** Porque así me place, al igual que a quien manda el ejército.

**Teucro.-** ¿Y qué derecho le asiste?

**Menelao.-** Creíamos tener en él a un aliado y amigo de nuestra patria, pero es cosa averiguada que era mayor enemigo que los propios frigios, porque deseando la muerte de todo el ejército, se lanzó esta noche para asesinarlos, espada en mano. Y de no haber impedido un dios tales designios, nos hubiera tocado a nosotros la suerte que a él le cupo, y así yaceríamos exánimes mientras él conservaría la vida. Pero el dios que desvió su pérfida intención, le hizo matar a las bestias y a los pastores. Esta es la razón por la cual no exista hombre que tenga poder suficiente como para intentar honrar a ese cadáver con una tumba, y permanecerá ahí, sobre la

arena, para pasto de las aves marinas. Y no levantes con esto tu fiera cólera, pues si en vida pudimos dominarle, después de muerto podemos disponer de él aunque tu te opongas, porque te obligaremos a la fuerza. Jamás en su vida quiso obedecer nuestros mandatos, y en verdad que solo un malvado se atrevería a afirmar que un simple ciudadano no debe respetar las órdenes de sus superiores. Porque nunca serán obedecidas las leyes donde no haya temor, ni un ejército podrá ser bien conducido sin el estímulo de los premios y la expectativa de los castigos. Es preciso, por consiguiente, que el hombre, por valiente y grande que sea, considera que pueda caer al más pequeño tropiezo. Ten en cuenta que el temor y la humildad suelen salvar a quien los posee; y considera que la ciudad donde se permite insultar y hacer a cada cual lo que le place, decae poco a poco y se precipita en un abismo, destruyendo su florecimiento. Haya, pues, siempre, cierto temor, que es saludable. Y evitemos creer que conduciéndonos según nuestra propia voluntad no hemos de sufrir alguna vez, pagando así las consecuencias. Tal es la ley natural de todas las cosas: antes éste fue un fogoso insolente; ahora soy yo quien me siento soberbio y te ordeno que lo dejes insepulto, si no quieres caer, al intentarlo en su propia sepultura.

**Coro.-** Después de haberte expresado sabiamente, no seas tu mismo, Menelao, quien insulte a los muertos.

**Teucro.-** Nunca a me sorprenderé ¡oh amigos! de que un hombre de oscuro linaje caiga en error, cuando los mismos que se creen de noble origen incurren en ellos, porque, ea, repite lo que al principio dijiste: ¿Crees tú que mandabas a este hombre por el hecho de haberlo traído aquí como aliado de los aqueos? ¿Acaso no vino él por su propia voluntad? ¿Dónde mandabas tú de él? ¿Quién te dio el derecho de reinar sobre la gente que lo acompañó desde su patria? Viniste como rey de Esparta, no como soberano nuestro. Ni tampoco existe ley alguna que te confiera sobre él más imperio que a él sobre ti. Viniste aquí como jefe de unos cuantos hombres, no como generalísimo y pudieras mandar sobre Áyax. Manda, pues, sobre tus súbditos, y emplea con ellos tus insolentes palabras, porque a éste daré yo digna sepultura sin temor a tus amenazas o a las de cualquier otro. El no vino acá con su ejército por causa de tu mujer, como esos que participan en cuanta empresa hay sino por el juramento con que a ello se había obligado, mas de ninguna manera por ti. Porque él jamás tomó en cuenta a gente indigna como vosotros. Por tanto, mientras seas lo que eres, ya puedes venir aquí con el general y con muchos pregoneros, que eso no ha de preocuparme.

**Coro.-** Tampoco aplaudo tu manera de expresarte, hallándote en la desgracia; porque, aunque sean justas, las palabras duras hieren.

**Menelao.-** ¡Cuán ensorbecido está el arquero!

**Teucro.-** ¿Y qué? ¿El oficio que poseo es acaso indigno de un hombre libre?

**Menelao.-** ¡Muy grande sería tu orgullo si embrazases escudo!

**Teucro.-** ¡Yo me basto para luchar así bien cubierto contigo!

**Menelao.-** La lengua aumenta tu cólera como si hubieras de espantarme.

**Teucro.-** Estando en lo justo, razón tengo para ello.

**Menelao.-** ¿Justo era, entonces, que éste prosperara, dándome muerte?

**Teucro.-** ¿Matándote? ¡Valiente cosa has dicho, si vives después de muerto!

**Menelao.-** Porque la diosa me salvó; que por él estaría muerto.

**Teucro.-** No seas irreverente entonces con los dioses que te han salvado.

**Menelao.-** ¿Podría, acaso, menospreciar las leyes divinas?

**Teucro.-** Sí, pues te opones a ellas al no consentir que los muertos sean sepultados.

**Menelao.-** A los que son mis enemigos, pues en verdad no debo permitirlo.

**Teucro.-** ¿Por ventura Áyax fue alguna vez enemigo tuyo?

**Menelao.-** El odiaba a quien le odiaba. ¡Esto bien lo sabes tú!

**Teucro.-** Sí, pero tu le quitaste el premio que merecía, pues bien sabido es que compraste los votos.

**Menelao.-** En los jueces, no en mí, estuvo la falta.

**Teucro.-** Muchas son las iniquidades que tú ocultas y malamente puedes hacer.

**Menelao.-** Eso que dices entristecerá a alguien.

**Teucro.-** No más, seguramente, de lo que todos estamos.

**Menelao.-** Una cosa vuelvo a decirte: ¡éste no recibirá sepultura!

**Teucro.-** Pues escucha mi contestación: ¡éste será sepultado como lo merece!

**Menelao.-** Ya en cierta ocasión vi a un hombre de lengua valiente instar a navegar a los marineros; pero cuando llegaban los días tempestuosos de esta estación, no se le oía por ninguna parte sino que, envuelto en envuelto en su manto se dejaba pisar por cualquiera de sus marinos. A ti te ocurriría lo mismo a pesar de tu insolente lengua: cualquier tempestad extinguirá tu charla locuaz.

**Teucro.-** También yo conocí un hombre lleno de fatuidad que insultaba a sus compañeros en la desgracia. Y como lo viese uno parecido a mí y tan irritado como yo, le dijo estas palabras: ¡Mortal, no injurias a los muertos, pues si lo haces ten en cuenta que serás castigado! Tales consejos daba al infeliz uno que se hallaba presente. Y yo también le estoy viendo; y no es otro que tu, según me parece. ¿Es

que no he hablado claro?

**Menelao.-** Me voy, pues sería vergonzoso que alguien se impusiera de que estoy castigando de palabra a quien puedo obligar por la fuerza.

**Teucro.-** ¡Márchate ya, pues, porque más vergonzoso es oír a un hombre fatuo, que no dice sino necedades!

**Coro.-** Esta gran disputa originará una contienda, estoy seguro. Así que, lo más pronto que puedas, ve Teucro y busca fosa para Áyax, en donde tenga espaciosa sepultura que lo recuerde siempre a los mortales.

**Teucro.-** Y en verdad que muy a propósito llegan los más próximos parientes de éste hombre, su hijo y su mujer, para celebrar sus funerales. ¡Acércate niño, y en ademán suplicante, aférrate al padre que te dio el ser. Ponte de cara hacia él cogiendo con tus manos mis cabellos, los tuyos y los de esta mujer, que constituyen el tesoro de los suplicantes. Y si alguno del ejército te quiere arrancar por fuerza de este cadáver, que vilmente caiga villano al suelo y permanezca insepulto, segando de raíz a toda su raza, así como yo corto esta trenza de cabello. Agárralo niño, y procura que nadie te mueva de este lugar sino abrázate cayendo sobre él. Y vosotros que estáis cerca ayúdale, no como mujeres, sino como verdaderos varones, y prestadle auxilio hasta que yo regrese de buscar una sepultura para éste, aunque todos me lo prohiban.

**Coro.-** ¡Qué número hará el último de los errantes años, que pondrá fin a mi incesante fatiga de blandir la lanza llevando la ruina sobre Troya, fatal baldón de los helenos? Antes debía haber desaparecido tragado por el infierno, donde tantos caben, o arrebatado por los aires aquel que enseñó a los griegos la guerra social de odiosas armas. ¡Ay calamidades que engendráis calamidades! Aquel, pues lanzó a los hombres en el camino de la perdición. Ciertamente él, ni para gozar de las coronas y apurar copas, me proporciona la satisfacción de reunirme, ni para escuchar la suave música de la flauta, ¡oh desdichado! ni dormir satisfecho de amor. Del amor hizo que me abstuviera. ¡Ah cruel! Y así yazgo indolentemente, mojándose mis cabellos cada noche con el rocío; recuerdo que nunca olvidaré de la pernicioso Troya. Pero antes de ahora, de la nocturna acechanza y de la enemiga flecha era mi defensa el impetuoso Áyax, mas ahora yace inerte, ¿Cuál será, pues mi gozo? Ojalá estuviese yo en un huracanado promontorio bañando por el mar, al pie de la alta meseta de Sunio, para poder saludar a la venerable Atenas.

**Teucro.-** En verdad que me apresuré al ver que venía hacia aquí contra nosotros el generalísimo Agamemnón, sin duda alguna para dar rienda suelta a su funesta

lengua.

**Agamemnon.-** ¿ Eres tu el autor de las horribles blasfemias que se me anunció pronunció alguien impunemente contra vosotros? A ti, al hijo de la esclava hablo. En que si hubieras nacido de madre noble lazarías tu voz y no andarías a pie cuando, siendo un nadie, te pones en contra nuestra por quien nada es, y perjuras que nosotros no vinimos aquí como almirantes y generales de los aqueos y también de ti, sino que según dices, vino Áyax como autónomo. ¿No es intolerable escuchar esto de un esclavo? ¿A dónde fue él, o dónde estuvo que no me hallara yo? ¿Es que no hay entre los aqueos más hombres valientes que ése? No parece sino que, con motivo de habersele adjudicado las armas a Aquiles, anunciamos entre los aqueos crueles certámenes, que por todas partes Teucro nos presentara como malvados, y que no os bastara a vosotros y demás subordinados conformaras con la decisión de respetables jueces, sino que siempre nos habéis de zaherir con vuestras calumnias o nos habéis de asesinar traidoramente. Según tales procedimientos, jamás tendría eficacia ley alguna, pues rechazaríamos a los que vencieron en justicia y colocaríamos delante a los que quedaron atrás. Esto merece represión. No son, pues, los hombres más fornidos ni de más anchas espaldas las más firmes defensas del ejército, sino que, por el contrario, los que vencen en todas partes son los dotados de buen consejo. También el buey es de ancha espalda, y sin embargo un pequeño agujón le hace andar recto por el camino. Y según entiendo, este es el remedio que a ti te tendré que aplicar pronto si no tomas una determinación prudente; pues por un hombre que ya no existe y no es más que una sombra, con tanta audacia te insolentas y tan descaradamente hablas. ¿No aprenderás a ser prudente, y sabiendo que eres esclavo de nacimiento, nos traerás aquí a un hombre libre que pueda representarte y exponernos tu deseo? Porque a lo que digas tu mismo yo jamás haré caso; que a lengua bárbara no presto oído.

**Coro.-** Ojalá os asista la prudencia a ambos para pensar sensatamente; porque nada mejor que esto puedo aconsejaros.

**Teucro.-** ¡Ay! Muerto uno, cuán pronto se disipa entre los hombres el agradecimiento y pasa a ser delito de traición, si de ti, ¡oh Áyax! este hombre por frívolos pretextos, no guarda ya memoria, cuando tu tantas veces sufriste las fatigas de la guerra, exponiendo tu propia vida por él. ¡Oh, tú, que acabas de proferir tantas y tan necias palabras! ¿No recuerdas ya de cuando, encerrados hace tiempo vosotros, en el vallado sin poder salir, éste os salvó a todos acudiendo solo cuando ya en trono de las naves por los altos bancos de los marineros ardía el fuego, y



hacia los esquifes marinos se lanzaba Héctor por el aire saltando el foso? ¿Quién os salvó de todo esto? ¿No fue éste, de quien tú dices que nunca combatió a pie firme, el que lo hizo? ¿Acaso vosotros mismos no aplaudisteis tales proezas? Y cuando de nuevo él solo salió a combate singular con Héctor, ¿no fue porque él, queriendo que le tocara la suerte, en vez de una bola de tierra pesada, puso la suya muy ligera para que saltara del casco por encima de las demás en el sorteo? Este fue quien hizo tales cosas, y con él estaba yo, el esclavo, el nacido de madre bárbara. ¡Miserable!

¿Hacia dónde miras cuando tales cosas dices? ¿No sabes que el antiguo Pélope, que era un bárbaro frigio, fue padre de tu padre Atreo, y que éste fue un hombre despreciable que presentó a su hermano un banquete de sus propios hijos? Y tú mismo. ¿No naciste de madre cretense, encima de la cual sorprendió a un hombre extraño el padre que te engendró, y la arrojó por eso a los peces para que las destrozaran? Siendo tú hijo de tales: ¿Cómo injurias mi linaje? A mí que he nacido de Telamón, que por haber alcanzado el primer premio del ejército obtuvo como consorte a mi madre, que de nacimiento fue reina por su padre Laomedonte, y que como distinguido presente se la concedió a mi padre el hijo de Alcumena. ¿Acaso yo, siendo noble e hijo de dos nobles padres, puedo deshonorar a los de mi sangre a quienes tú ahora, por estar sumidos en desgracia, niegas sepultura sin avergonzarte de decirlo? Bien: pues quiero que sepas esto: Si arrojáis a mi hermano a laguna parte, con él iremos muertos también nosotros tres. Porque entiendo que será para mí muy hermoso morir luchando gloriosamente por éste, que no por tu mujer, o por ti o por tu hermano. Ante esto, no mire por lo mío, sino por lo que a ti te toca: porque si en algo me ofendes, algún día querrás haber sido tímido antes que valiente en este asunto mío.

**Coro.-** Rey Ulises, oportunamente sabrás llegas, si no vienes a complicar, mas a dar solución.

**Ulises.-** ¿Qué pasa? De lejos he oído los gritos de los átridas acerca de este ilustre cadáver.

**Agamemnon.-** Pues, ¿no estamos oyendo los más insultantes dicterios ahora mismo de este hombre?

**Ulises.-** ¿Cuáles? Porque indulgencia me inspira el hombre que responde con palabras fuertes al sentirse maltratado.

**Agamemnon.-** Las oyó malas porque tal había hecho conmigo.

**Ulises.-** ¿Pues qué te hizo que lo tengas por ofensa?

**Agamemnon.-** Dice que no dejará que este cadáver quede insepulto sino que fuerza

y aun contra mi voluntad lo sepultará.

**Ulises.-** ¿Es posible que al decirte la verdad un amigo no sigas con él menos conforme que antes?

**Agamemnón.-** Dila, pues quizá no estaría en mi cabal juicio; porque, como amigo, te considero yo el más grande entre todos los argivos.

**Ulises.-** Escucha, pues: a este hombre, - por los dioses lo digo - no permitas que lo arrojen cruelmente por ahí, sin sepultura; ni que la violencia te llegue a dominar jamás de manera tal que conculques la justicia. Pues también a para mí fue éste el mayor enemigo del ejército desde que soy dueño de las armas de Aquiles; pero aunque así haya sido, no lo deshonraré al punto de decir que no fue el más valiente de los argivos que vinimos a Troya, excepto Aquiles. De modo que, en justicia, no puedes privarle de esa honra; porque no contra él sino contra las leyes divinas irías. Y no es justo, después de muerto, querer echar sombras a un valiente, aunque le hayas odiado.

**Agamemnón.-** ¿Tú también, Ulises, defiendes a este hombre y te pones en mi contra?

**Ulises.-** Sí, a pesa de que le odié cuando fue propio odiarle.

**Agamemnón.-** Y una vez muerto. ¿No debo yo patearle?

**Ulises.-** No te alegres, átrida, de ventajas deshonestas.

**Agamemnón.-** El ser piadoso no es fácil para el tirano.

**Ulises.-** Pero sí el hacer caso de los amigos que le aconsejan bien.

**Agamemnón.-** Obedecer debe el hombre de bien a los que tienen autoridad.

**Ulises.-** ¡Calla! Vencerás ciertamente de los amigos dejándote vencer.

**Agamemnón.-** Recuerda que clase de hombre es quien recibe tu gracia.

**Ulises.-** Este hombre fue mi enemigo, pero era valiente.

**Agamemnón.-** Luego ¿Qué vas a hacer? ¿Tanto respeto te inspira un enemigo muerto?

**Ulises.-** Sí porque la virtud puede en mí más que el odio.

**Agamemnón.-** Sin embargo, tales hombres son inconstantes en la vida.

**Ulises.-** En verdad muchos son ahora amigos y luego enemigos.

**Agamemnón.-** ¿Y aplaudes tú que uno adquiera tales amigos?

**Ulises.-** Aplaudir a un alma dura es lo que no quiero yo.

**Agamemnón.-** Tú ¿por qué cobardes nos harás pasar a nosotros en este día?

**Ulises.-** Por hombres verdaderamente justos entre todos los helenos.

**Agamemnón.-** ¿Me mandas, pues, que permita sepultar a este cadáver?

**Ulises.-** Sí, que yo mismo seré cadáver un día.

**Agamemnon.-** En verdad que siempre ocurre lo mismo; todo trabaja en provecho propio.

**Ulises.-** ¿Para quién, pues, es natural que yo trabaje sino para mí?

**Agamemnon.-** Pues tuya será la obra, no mía.

**Ulises.-** Como la hagas, de todos modos será buena.

**Agamemnon.-** Bien: pero quiero aún que esto sepas: que yo a ti pudo concederte esta gracia y aún otra mayor; pero éste, aquí y allá, o donde quiera que estuviese, me será odiado; en cuanto a ti, puedes hacer lo que quieras.

**Coro.-** Quien no confiese, Ulises, que por tu proceder y entender eres sabio de natural, es hombre necio.

**Ulises.-** Y ahora he de decirle a Teucro, después de lo ocurrido, que cuanto antes me era odiado, tanto me es ahora estimado; y que quiero ayudarle a sepultar este cadáver sin omitir nada de lo que por los muertos valientes deben hacer los vivos.

**Teucro.-** Nobilísimo Ulises: no puedo sino alabarte por todos conceptos, ya que me engañé tanto contigo; porque siendo tú el mayor enemigo que tenía Áyax entre los Argivos, has sido el único que ha venido en su auxilio, y no has tolerado que en tu presencia se insultara a este muerto ningún viviente, como el generalísimo, ese insensato que, con su hermano, querían arrojar ignominiosamente a este cadáver, dejándolo insepulto. Así, pues, ojalá que el venerable Olimpo y la recordante Erina y la exactora Justicia malamente castiguen, así como querían ellos hacerlo con este hombre, aunque de manera indigna. Mas a ti ¡oh hijo de anciano Laertes!, lo único que temo es dejarte poner manos en este sepelio, no sea que ello desagrade al muerto; pero en lo demás ayúdame; y si quieres hacer venir a alguno del ejército, ninguna pena tendré; yo haré todo lo demás; y quiero que recuerdes que eres para mí un hombre de honor.

**Ulises.-** Pues mi deseo fue sincero, pero si no te es grato que yo te ayude en esto, acepto y aplaudo tu determinación, y me retiro.

**Teucro.-** Basta; pues ha transcurrido ya mucho tiempo: ¡Ea! que uno de vosotros cave y prepare pronto una fosa; otro que coloque en el fuego alto trípode a propósito para el piadoso lavatorio; una compañía de guerreros traiga de la tienda todo lo que convenga al escudo de un héroe. Y tú niño, con todo el amor que puedas ayúdame a levantar a tu padre por esta parte. Todavía está caliente su cuerpo y mana negra sangre de su herida; ¡ea! vamos: todo amigo que quiera ayudar, corra, venga, rindiendo su tributo a este hombre que en todo fue bueno y no tiene par entre

los mortales.

**Coro.-** Ciertamente que los mortales pueden saber muchas cosas en viéndolas, pero antes de verlas, ningún adivino del porvenir es capaz de saber lo que ocurrirá.

**FIN**

**El presente libro ha sido digitalizado por la voluntaria María Alejandra Costa**